

muchos mas criollos y del pais; pues todo el batallon, que la mayor parte pereció, eran criollos: eran los mas de los oficiales y el sargento mayor D. Diego Berzabal, que abrazado con una mano de las banderas reales de su batallon, y con otra empuñando una pistola, á cruces heridas y golpes, murió honrosamente en defensa de su Rey, de su Pátria y de su Ley.

Se derramó por toda la ciudad la confusion y el horror; se devoró por el mas atroz saqueo, que jamas se habrá visto entre los mas desalmados enemigos; casas, tiendas y los mas ocultos lugares fueron destrozados, dilapidados y robados por los insurgentes y plebe amotinada, y las haciendas de platas con sus riquezas y utensilios. Muladas y aperos, fueron igualmente el mas apreciable pábulo de su insaciable latrocinio. Troya abrasada y saqueada por los griegos, no presentaría mas funesto espectáculo que el que daba la vista de Guanajuato la noche del dia 28 de setiembre. En las calles, plazas y casas, no se oían mas que llantos y alaridos dolorosos por la pérdida de los padres, de los hijos, de los hermanos, de los parientes y amigos que habian perecido y muerto en Granaditas. Familias enteras que en aquel dia habian amanecido bajo el amparo y asilo de sus padres y maridos y en la mayor opulencia y abundancia, yacian en aquella noche en una deplorable horfandad, viudez, miseria y necesidad. ¡Espantosa metamórfosis, que nos ha hecho ver á las claras la caducidad de las cosas humanas!

¿Quién, Sr. Exmó., se habia de escapar de desgracia semejante? Los criollos sentimos todo el estrago de estas atrocidades. Los europeos eran nuestros parientes, estaban casados con nuestras hijas ó hermanas, eran nuestros buenos amigos, y teniamos con ellos nuestras relaciones de comercio, y nuestros intereses y caudales estaban mezclados con los suyos, y aun dependian de ellos absolutamente. En su desgracia fuimos todos envueltos. En sus intereses saqueados perecieron los nuestros. En sus muertes quedamos con los gravísimos sentimientos y dolores de su pérdida, y cargados con las obligaciones de cuidar y mantener sus hijos, mugeres y familias. Los que sobrevivieron á esta desgracia y no pe-

recieron en la alhondiga, salieron de allí moribundos con los golpes y heridas, ó con los sustos y congojas, y todos fueron conducidos por los mismos insurgentes á las cárceles y cuarteles, en calidad de reos presos, sin distincion alguna de europeos y criollos.

El cura de Dolores Hidalgo, soberbio con la victoria que habia conseguido, y envanecido con verse señor de la ciudad de Guanajuato (¡oh Dios inmortal que tal permites!) de esta ciudad que jamas habia visto sino con profundo respeto y miramiento: que si habia pisado su suelo, era con el pretexto de venir á rendir homenajes y humillaciones á los magistrados y vecinos honrados, se convirtió en un tirano déspota, que disponia á su arbitrio de las personas y de los bienes de todos los ciudadanos, sin distincion de criollos y europeos. Nuestras vidas y nuestras haciendas estaban pendientes de su boca, y sujetas á ser juzgadas en un tribunal revolucionario, iniquo, y sin mas ley que la temeridad, insolencia y atrevimiento, que son los fundamentos únicos de esta depravada insurreccion.

Llenas las calles y plazas de una innumerable multitud de tropas, de indios y todas castas, y armados con todo género de armas, no pronosticaban mas que horrores y atrocidades, porque como toda era gente vil y ordinaria, sin disciplina, sin arreglo ni sujecion á gefes ó superiores, era insoportable el orgullo de estos malvados, y mucho mas sus públicas y escandalosas criminalidades, de suerte que ningun vecino honrado podia salir de su casa ni presentarse en la calle, sin exponer ciertamente su vida á un riesgo, ó su persona á un insulto y atropellamiento.

Estos temores, y el gravísimo sentimiento y dolor que nos causaba el ver los destrozos cometidos en la ciudad, nos tenian reducidos á permanecer encerrados y escondidos en el recinto de nuestras casas, y ni aun contabamos con seguridad en estos asilos quando no se guardaban las leyes que los favorecen. Solo atropellabamos con todos estos riesgos y peligros, quando llegaba á nuestras noticias que europeos estaban presos en las cárceles y cuarteles. Entónces sí, Sr. Exmó., saliamos intrépidos, y arrojados atravesábamos por entre turbas innumerables de insurgentes:

rozabamos con nuestros cuerpos sus armas, que siempre tenian enristradas para causar horror y espanto, y nos presentábamos circunspectos á este fanático falso general de América cura Hidalgo, á pedir la libertad de las personas y bienes de los europeos. Sí, Sr. Exmó.: ellos mismos serán fieles testigos, que á nuestras instancias y súplicas consiguieron el salir de las prisiones en que se hallaban: que los trasladamos á nuestras casas: que allí se curaron de sus heridas y golpes, y que aun consiguieron la libertad ó devolucion de sus bienes. De la multitud de europeos que habia en esta ciudad, apenas uno ú otro quedaron presos, hasta que Hidalgo hubo de cerrar los oídos á nuestras súplicas, diciendo públicamente, que los criollos de esta ciudad le eramos sospechosos por el empeño que teniamos en libertar á los europeos, y que procedería contra nosotros como mereciamos.

Léjos de intimidarnos con estas conminatorias expreciones, recibiamos en nuestro interior una dulce satisfaccion y complacencia, pues cumpliamos con los sagrados deberes de la humanidad, y dabamos á conocer á aquel alucinado hombre, que en nuestras almas no podia haber tan vil disencion como la que queria infundirnos, y ménos la rebelion que corifeaba y de que estaba hecho cabeza. Podemos asegurar á V. E., que los mas de los individuos de este ilustre ayuntamiento, no vieron la cara del cura Hidalgo sino quando ibamos á interceder por la libertad de los europeos, ni tuvimos en lo personal con él otra intresencia ó conversacion. Aseguramos tambien que en cuerpo de ayuntamiento, no concurrimos mas que una ocasion, que citados y emplazados por él, entramos á la sala de cabildo; mas no fué para hablar, sino para llorar copiosas lágrimas, que oprimidas de la fuerza y tiranía de aquel déspota no podian salir por nuestros ojos, y volvian á caer sobre nuestros corazones.

¿Quién Sr. Exmó., podria ver aquel lugar respetable en que jamas se han tratado sino asuntos dignos de su gravedad, dirigidos á el mejor servicio de Dios, del Rey y de la Patria, ser teatro en que se quiso promulgar la mas horrorosa rebelion contra Dios, contra el Rey y contra la Patria? ¿Quién podria ver aquellos asientos que

siempre fueron ocupados por beneméritos magistrados, por patriotas immaculados y vecinos de honor y lealtad, ser el escaño de un rebelde y sus secuaces, sin que el corazon se le partiera en mil pedazos? Estos atroces sentimientos padeció nuestra alma en aquel momento en que introducido el cura Hidalgo, escoltado de su guardia, compuesta de muchos hombres de todas castas y trages soldadescos y campesinos, con las groserías y desacatos propios de sus viles personas, en aquel lugar inmune y respetable, solo nos dixo que en los campos de Celaya, á la presencia de mas de cincuenta mil hombres, estaba reconocido por capitán general de América, y que por tal lo habia de reconocer esta ciudad, y sin mas que haber vertido estas expresiones se salió de la sala, y se disolvió la junta y ayuntamiento.

Ni en palabras, porque no habló una sola: ni en acciones, porque no dió muestras sino de confusion y sorpresa, aprobó el ilustre ayuntamiento la loca y temeraria propuesta del cura Hidalgo, sino que todos, con un profundo silencioso dolor, nos retiramos á nuestras casas á llorar por todos sus ángulos la fatalidad de nuestra suerte y la de esta desgraciada ciudad, y á implorar de la divina misericordia, nos diera una mirada de compasion y piedad, que remediara los inmensos trabajos y calamidades que estábamos padeciendo.

Otra concurrencia, igualmente citada y emplazada, tuvimos, no en las casas consistoriales, sino en la que habitaba el cura Hidalgo, y á presencia de los señores curas y algunos vecinos particulares, en que se trató de poner el gobierno político y militar en esta ciudad, y establecer casa de moneda. ¿Quién hubiera podido haber traído á la respetable persona de V. E. en espíritu á aquella sala, á que hubiera visto aquella asamblea, para que hubiera sido fiel y caracterizado testigo de la acrisolada lealtad de los individuos de este ilustre ayuntamiento, y no se atribuyeran á exágeracion los lances de este crítico y patético acto! Dirigió la palabra el cura Hidalgo al regidor alférez real Lic. D. Fernando Perez Marañon, persuadiéndolo á que debia quedar de intendente corregidor y comandante militar de esta provincia, invitándolo con el grado hasta

de teniente general; pero este noble, leal y sabio caballero, procuró excusarse con quantas razones prudentes le dictó su zelo, talento é ilustracion, hasta conseguir el disuadir á Hidalgo de su intento. Siguió la misma propuesta con el regidor fiel executor Lic. D. José María de Septiem y Montero, y sucesivamente con el regidor Lic. D. Martin Coronel y con el regidor capitán D. Pedro de Otero, y todos siguiendo principalmente los sentimientos de su honor y lealtad, y las huellas del señor alférez real, nos negamos constante y firmemente á recibir los empleos con que se nos envidaba tan tenazmente, que revestido el cura Hidalgo de gravedad y despotismo, dixo que nuestra negativa era, ó un vano temor que teniamos de que sus proyectos no llegarian al cabo, ó una verdadera neutralidad, y que ésta la castigaria como efectiva parcialidad: pero nosotros impertérritos á esta cruel sentencia, atropellamos todos los peligros que nos amenazaban, y nos horrorizaba mas el recibir los empleos de una autoridad ilegítima y de unas manos traidoras, que los castigos que éstas mismas nos podian imponer, y diximos procediera á su arbitrio contra nosotros, pues insistiamos firmemente en nuestra resolucion: y con esto se nombró á otra persona por intendente corregidor y comandante de las armas, que tuvo la debilidad de admitir estos empleos y ejercerlos, echando este borron á una honrada conducta que siempre habia tenido, y por la que obtuvo varios empleos militares, y actualmente obtenia en esta ciudad el de administrador de la real renta de tabacos, pólvora y naypes.

En este acto el cura y juez eclesiástico Dr. D. Antonio Lavarrieta, de acuerdo con los regidores alférez real Lic. D. Fernando Perez Marañón, Lic. D. José María de Septiem y Lic. D. Martin Coronel, tuvo la resolucion de reconvenir al cura Hidalgo, sobre que no podia conciliarse su revolucion é ideas de independenciam que vertia, con el juramento de fidelidad y vasallage que teniamos hecho á favor de nuestro único Rey y Sr. D. FERNANDO EL SÉPTIMO; y ni aun con la inscripcion que tenia puesta la sagrada imágen de nuestra Señora de Guadalupe, que traía por estandarte de sus tropas, en que decía: Viva la

Religion, viva FERNANDO VII, y viva la América: á cuya valiente insinuacion, que esforzaron los citados regidores, fué tanta la indignacion del cura Hidalgo, que descompuesto y fuera de sí, prorumpió diciendo: que FERNANDO VII era un ente que ya no existía: que el juramento no obligaba; y que no volvieron á proponerse semejantes ideas, capaces de pervertirle á sus gentes, porque tendriamos mucho que sentir con él, y quizá mirándonos dispuestos á rebatirle enérgicamente, como lo estábamos, tan falsas como temerarias proposiciones, con un denuedo despreciativo, se paró, y disolviéndose la junta, ya desde aquel dia quedó abandonado por Hidalgo el ayuntamiento, de quien ya desconfió absolutamente de poderlo traer á su partido, ya no contó con él en lo de adelante para cosa alguna, y así ya no supimos sus individuos las ulteriores providencias sobre casa de moneda, armamentos y demas novedades, que las oíamos, pero no las presenciábamos, porque viviamos retirados en los rincones de nuestras casas.

Se retiró de esta ciudad el cura Hidalgo, con el pretexto de que iba á atacar á la de Querétaro, y quedó este desventurado pueblo en la más horrorosa anarquía, sin leyes, sin jueces y sin freno alguno que contuviera sus criminalidades y desórdenes, entregándose á rienda suelta á todo libertinage, con la mayor osadía y sin recato alguno: tanto que ya no se podia andar en estas calles, porque se atropellaba y era mirada con el mas ultrajante desprecio toda gente decente, y á su vista se hacia ostentacion de la superioridad que sobre ella tenia adquirida el pueblo. Agoviados con tantos trabajos los buenos y leales patriotas, sin poder respirar por las opresiones y violencias que padeciamos en tan triste y deplorable situacion, solo dirigiamos nuestras humildes súplicas á el cielo, porque teniamos interceptados, cerrados y llenos de centinelas y vigías todos los caminos y conductos por donde podiamos encaminar nuestros clamores á la superioridad de V. E. ó á los gefes que gobernaban las tropas reales que guarnecian á la ciudad de Querétaro, para que nos socorrieran y vinieran á redimirnos y sacarnos de tan dura esclavitud.

Un ligero destello de lisonjera esperanza de

esta felicidad tuvimos, quando llegó á nuestra noticia que el señor conde de la Cadena, con parte del ejército de Querétaro, ocupaba la villa de S. Miguel, distante diez ó doce leguas de esta ciudad. Creémos que sus miras se dirigian á reconquistarla, y por momentos esperábamos con ansia su llegada; pero mirando que se demoraba mas que lo que permitian nuestros deseos, determinó este ilustre ayuntamiento, junto con los curas y prebendados de las religiones y algunos vecinos, mandar dos comisionados á el señor conde de la Cadena, con un oficio firmado por todos, suplicándole á su señoría viniera á tomar y posesionarse de esta ciudad, con las precauciones necesarias á precaver qualesquiera oposicion de la plebe, que aunque se hallaba desarmada é indefensa, pero no teniamos confianza de sus procedimientos, por lo insolente que estaban, y aun sublevada contra la misma ciudad. En efecto, con este oficio, á toda diligencia salieron los dos comisionados regidores capitán D. Pedro de Otero y D. Francisco de Septiem; mas lo desgracia, que ha estado persiguiendo á esta ciudad, quiso que quando llegaron los comisionados á la villa de S. Miguel, ya el señor conde de la Cadena se habia reunido con las tropas del señor brigadier Don Félix Calleja, y ámbos se habian vuelto para la ciudad de Querétaro, y los comisionados, temerosos de ser sorpresos en el camino por alguna partida de insurgentes, no se determinaron á ir en su seguimiento, y se volvieron á esta ciudad.

Mucho fué el desaliento que se difundió en nuestros ánimos quando vimos perdida esta ocasion tan oportuna, en que pudimos ser libertados con la mayor facilidad y sin oposicion, porque no habia más que la plebe que temer; pero ésta estaba desarmada, y creíamos no osaría hacer resistencia á una tropa tan formal y armada, como esperábamos que era la del señor conde de la Cadena. Se aumentó nuestra confusion quando supimos que Don Ignacio Allende, despues de la derrota que padeció su ejército en Aculco, se venia con el resto de él para esta ciudad. Luego concebimos sus depravadas intenciones, que eran el hacerse aquí fuerte y el proveerse de reales municiones y gente para defenderse del ejército real que lo habia de perseguir, y de un golpe

tambien se nos hicieron presentes á nuestras afligidas imaginaciones los gravísimos daños é irreparables perjuicios que la venida de ese malvado hombre, de sus gentes y tropas, les traía necesaria é inevitablemente á esta ciudad, y á todos sus vecinos y moradores.

Se verificaron nuestros funestos presagios. Se resolvió Allende á venir á esta ciudad, y nos anunció su venida con los mas espantosos aparatos que le pudo dictar su perversidad para infundir terror y espanto á todas las gentes, y obligarlas á hacer cuanto queria. La víspera de entrar en esta ciudad, se le intimó á este ilustre ayuntamiento, por el que hacia las veces de intendente y comandante de las armas, una orden de Allende, para que se le hiciera un solemne recibimiento; y estando aun en la sala capitular, se oyó en la plaza mayor un alboroto y tropel de gentes y caballos, que sobresaltados, nos obligó á asomarnos á los balcones de las casas consistoriales, y puestos en ellos vimos se horroriza la memoria á el recordarse, y la pluma no acierta á estamparlo en este papel: vimos el cadáver de un hombre, que asesinado con crueles heridas, lo traían atravesado en un macho los soldados de Allende, armados con lanzas, escopetas y trabucos. Nos pusieron á el frente ese lastimoso espectáculo por un grande rato, y luego lo pasearon por las calles de esta ciudad, hasta llevarlo á la iglesia en que lo sepultaron. Conocimos toda la malicia de este inhumano, impío é irreligioso hecho, que era el infundir terror para subyugar los ánimos, y más nos persuadimos en este juicio, quando se nos instruyó en que aquel cadáver era de un criollo del pueblo de Dolores llamado D. Manuel Salas, á quien habian destrozado y quitado la vida las tropas de los insurgentes sin mas motivo que el que se habia unido á las tropas reales del Sr. Calleja y Señor conde de la Cadena quando estuvieron en aquel pueblo.

Surtió este cruel pasage todo el efecto que desde luego se propusieron sus autores; pues desde ese momento se observó en toda la ciudad una confusion medrosa, y se prepararon á esperar á Allende con demostraciones de júbilo y regocijo, para ver si así embotaban los golpes que temian de su ferino corazón si no lo recibian como

él descaba. Aunque este ayuntamiento entró en estos naturales recelos y temores, y cedió á la fuerza de ellos y á lo que en estos se interesaban sus personas y sus vidas, pero no prostituyó su dignidad ni ultrajó las reales insignias que lo condecoran; pues acordó que estaba bien que se saliera á recibir á Allende, pero sin ir en forma de cabildo ni llevar las mazas que lo constituyen tal. Así se verificó la infausta tarde en que entró Allende, y todos fuimos cubiertos nuestros corazones de luto y nuestros semblantes de rubor, y protestando en nuestros interiores á Dios, al Rey y á la Patria, la fuerza y la violencia que en aquel acto padecíamos: acto de tortura y mortificación, pues fueron indecibles los ultrajes que en aquella tarde tuvimos que sufrir de la multitud de gentes que Allende introdujo en esta ciudad, y que precedieron á su entrada.

Continuó el espíritu de terrorismo, que se quiso infundir, y para esto se asestaron piezas de artillería en las plazas y calles, y seis se fixaron á el frente de las casas consistoriales, á donde residía Allende. No se trataba mas por él y sus secuaces, que de hacer cañones, de prevenir municiones y de inventar instrumentos de guerra, de suerte que por todas partes no se veían mas que objetos horrorosos de la muerte, y turbas de soldados ó bandidos insolentes, desarreglados y licenciosos.

Se valió Allende y su comitiva de otro arbitrio, igualmente pernicioso que seductor á sus depravadas ideas. Proyectó una solemne procesion, en que salió el Dios de los exércitos sacramentado, y nuestra amada Patrona nuestro señora de Guanaxuato. Iba este sacrilego é hipócrita llevando la cauda de la santísima Virgen, y sus edecanes y tenientes generales Aldama, Ximenez, Arias y Abasolo cargando á la divina imagen. Juntó á otro dia al clero y religiones, y los obligó á que por las calles y plazas persuadieran al pueblo en públicos sermones, á que defendieran la causa que él capitaneaba y defendia, y que pelearan por ella hasta morir.

¿Qué hay que extrañar, Sr. Excmo., que ardiés tan malvados seduxeran y encapricharan á una plebe, que como todas las del mundo, es pronta á moverse por donde quiera que la incli-

nan, y que teniendo á Allende por sus terrores y aparatos militares por un héroe conquistador, y por sus demostraciones religiosas por un apóstol, se abanderizaron con él, le profesaron un ciego entusiasmo, y se despecharan á hacer la resistencia que hicieron á las tropas reales, y á cometer el atroz, inaudito, impío é inhumano asesinato executado en los europeos y tambien criollos que se hallaban en Granaditas presos por los insurgentes? Pero cubra un tupido velo este horroroso atentado, que ha llenado de oprobio á esta desdichada ciudad, ha derramado sobre ella un torrente de desgracias, y la ha hecho odiosa á la vista de todos los pueblos. Scena lastimosa que lloramos, y no dexarán de sentir nuestras futuras generaciones. Crueldad que no pensábamos se verificara, ni creíamos posible; y mucho ménos posible fué el evitarla, porque la plebe armada y rabiosa en tropas y patrullas, cruzaba las calles llevándose á fuerza de espada y lanza á la demas gente para el teatro de la guerra, con tanta osadía y atrevimiento, que un hombre á caballo armado y con espada en mano, tuvo el arrojo de llegar á la casa del señor alférez real, á donde estaban congregados el regidor Lic. D. José María de Septiem y Montero, el secretario de cabildo D. José Ignacio Rocha, y otras varias personas eclesiásticas y seculares, y con desmesuradas voces comenzó á llenar á todos de improprios é injurias, de insolencias y obscenidades, diciéndoles que ¿qué hacian encerrados, y por qué no iban á la guerra á pelear? Haciendo tales acciones y acometimientos, que creímos que aquel hombre insultante y temerario, reducía á efecto sus amenazas, y atropellaba nuestras personas; y para evitarlo, tuvimos que retirarnos y cerrar las puertas y ventanas de la pieza á donde nos hallábamos, y así se consumó (sin poderlo evitar, aunque ocurrió el Señor cura, reverendo padre comisario, y otros eclesiásticos, á quienes la plebe que ocupaba las vocascalles con las lanzas, no dexaron pasar) el asesinato de los europeos, á excepcion de gran parte de ellos, que tuvieron la presencia de espíritu de resucitar en sus corazones el valor español, hacerle frente á la plebe, acometerla, y quitándole á algunos las lanzas, con ellas y algunos palos de que se pudieron

proveer, hicieron una vigorosa defensa, mataron á algunos y los demas se fugaron, y ya pudieron salir á la calle á refugiarse á las casas y al hospital de Belen, que estaba inmediato.

No produxeron estos malignos alucinamientos los depravados ardidés de Allende en los leales ánimos de los individuos de este ilustre ayuntamiento y demas personas nobles y distinguidas de esta ciudad; pues sus numerosas tropas, sus armas y cañones, aunque naturalmente nos intimidaban, pero no nos hicieron doblar la cerviz ni cometer vileza alguna de palabra, obra, y ni aun de pensamiento contra la Religion, contra nuestro Rey, contra nuestro honor heredado y adquirido con buena conducta, ni contra nuestra probada lealtad. Los repiques festivos con que Allende mandó anunciar la conquista que sus armas acababan de hacer de las ciudades de San Luis Potosi y Guadalupe, eran clamores que se daban en nuestros corazones, con que creíamos se hacian las exequias y entierro de la paz y de la tranquilidad de este reyno, y señales de rebato de la insurreccion y anarquía de esas provincias. Las asistencias que Allende daba al santo sacrificio de la Misa; á la procesion de nuestro Dios y Señor sacramentado y de su purísima Madre, las graduábamos y reconociamos por el mas atroz insulto á las divinas magestades, por la profanacion más exécrable, y por el mas horrendo sacrilegio.

Sí, Sr. Excmo., protestamos á V. E. sobre nuestras palabras de honor, sobre nuestras cabezas, y sobre quanto hay de sagrado y apreciable en este mundo, que nuestra lealtad, amor, fidelidad y vasallage á nuestro deseado Rey y Sr. D. FERNANDO EL SÉPTIMO, y quantos sean legítimos reyes de España, ó autoridades que representen su real persona, será eterna, permanente é invariable; que será fincada sobre las basas firmes é indestructibles de nuestros corazones; y que si los rebeldes, traidores, revolucionarios é insurgentes han manchado este suelo con sus pisadas, no han introducido en nuestros diamantinos corazones un átomo siquiera de su maldita zizaña: que no los veíamos sino para apartar horrorizados nuestros ojos, y volverlos á el cielo á implorar los divinos auxilios que tanto necesi-

tábamos para el consuelo y remedio de tan graves males como padecíamos; siendo una prueba evidente de esta verdad, el hecho cierto de que ni Hidalgo ni Allende fueron hospedados, obsequiados, y ni aun recibidos de visita en la casa de algun criollo de esta ciudad, no obstante los conocimientos y amistades que anteriormente algunos tenian con ellos, que todas rompieron luego que los vieron autores de una traicion, de una infamia é insurreccion depravada.

Nos proporcionó el consuelo que deseábamos la divina Providencia, por medio del exército que V. E. se sirvió mandar á que nos redimiera de la penosa esclavitud en que nos hallábamos. Primer efecto que sentimos del acertado gobierno de V. E.; porque interceptados los correos por los insurgentes, y quitada toda comunicacion de esta ciudad con esa capital desde el dia 15 de setiembre hasta el dia 25 de noviembre, apénas supimos que V. E. habia llegado al santuario de nuestra señora de Guadalupe, y que disponia su entrada para otro dia en México, y quedamos en un caos de ignorancia de quanto pasaba en esa corte, que era nuestra mayor confusion y cuidado. Llegó y triunfó el exército real de los rebeldes y traidores, castigándolos en la campaña con más de ocho mil muertos, y con otra considerable porcion en los patíbulos y cadalzos: con la circunstancia digna de la atención de V. E., que de los ocho sujetos decentes, como un brigadier é intendente, tres coroneles, un teniente coronel, dos sargentos mayores y un capitán, que se pasaron por las armas y ahorcaron, ninguno era nativo de esta ciudad, sino de distintas y distantes tierras, y todos habian venido con ocupaciones y destinos, que estaban actualmente sirviendo. Es cierto que fué espantoso el dia de la batalla, y los que le sucedieron, porque nos llenó de horror el estruendo de las armas, la efusion de sangre, las continuas prisiones y los severos castigos; pero nos complaciamos y consolábamos luego que volviamos nuestros afligidos ojos á el que todo lo disponia, á el benemérito y digno general del exército el Sr. brigadier D. Félix María Calleja. En su amable presencia veíamos los presagios de nuestra futura y próxima felicidad, y su prudencia, discrecion y benignidad templó quando lo